

Dr. Alcibiades Santa Cruz

El abate don Juan Ignacio Molina. Su vida y su obra



HACE dos siglos el 23 de junio de 1740, nacía en la hacienda de Guaraculén, a orillas del Maule, un hombre que iba a dejar su recuerdo imperecedero en la historia de Chile. Bautizado el día de San Juan, recibió los nombres de Juan Ignacio, hijo legítimo de don Agustín Molina y de doña Francisca Opazo y Bravo de Naveda. La familia Molina era originaria de Almagro, en Castilla la Nueva.

¡Curiosas aberraciones del destino! Un hombre que fué un filántropo y un sabio de carácter suave y bondadoso, ha suscitado discusiones desde la cuna: los vecinos de Linares reclaman para ellos el lugar de nacimiento de don Juan Ignacio Molina, que los talquinos reivindicán como suyo, apoyados en que al nacimiento de Molina no había demarcación geográfica alguna que atribuir a Linares, y en que, tan pronto como fué repoblada en 1743 la ciudad de Talca, que

don Tomás Marín de Poveda había fundado en 1692, la familia Molina se avecindó allí.

En seguida, ha sido materia de discordia el nombre de su padre y el apellido materno del que debía ser el abate Molina: mientras era ya cosa definitivamente aceptada el nombre que hemos anotado de los progenitores de Molina, se ha exhibido una fe de bautismo que lo declara hijo de don Antonio Molina y de doña Francisca González.

¿Se llamaba el padre Agustín Antonio y usaba los dos nombres, como es tan frecuente? ¿El apellido materno sería en su origen González de Opazo? Todos sabemos que en la Colonia el hijo mayor conservaba (y no siempre) el apellido paterno, y los demás tomaban cualquiera de los apellidos de la familia. Todos sabemos, también, la propensión a nombrar por el segundo al que usa los apellidos paterno y materno o uno de ellos compuesto de dos términos.

Y todavía, bien sabido es que en las partidas de nacimiento y defunción, sobre todo las primeras, con gran refuerzo de fórmulas más o menos curialescas, son vagas hasta la obscuridad en cuanto a los datos fundamentales de fecha de nacimiento, nombre de la criatura o de los padres, etc. Guardamos entre nuestros recuerdos el muy pintoresco de una partida de nacimiento de más de una página, con citas legales y canónicas y que tuvimos que hacer rectificar para agregar dos datos: el nombre del recién bautizado y el de sus padres.

Por lo demás, el propio don Juan Ignacio corta la discusión: en una composición latina dirigida por Molina a su maestro el padre Miguel de Olivares le dice que su país natal está rodeado por cuatro ríos, el Maule, el Longomilla, y los esteros Ranquilco y Chauquejo, sitio que corresponde al delta en la desembocadura del Loncomilla, al oriente del Cerro de Bobadilla, bien conocido en la historia. Según los mismos versos, este sitio era disputado entre los obispos de Santiago y Concepción, y fué, al fin, adjudicado a este último. En cuanto al nombre de su padre, dicen los versos:

«Agustinus fuit genitor de gente Molina».
Y terminada la discusión.

El niño Molina vivió en ese fundo de Guaraculén sus primeros años, de los que hacía después tiernos recuerdos. Acabamos de decir que desde la repoblación de Talca por Manso de Velazco, en 1742, la familia Molina fué una de las primeras en radicarse allí, y fué en Talca donde don Juan Ignacio estudió las primeras letras y los rudimentos de latín. Ya tenía durante sus años de colegial en la ciudad del Píduco, después de muerto su padre, la afición a las Ciencias Naturales, demostrada en su gusto por formar colección y criar avecitas. El origen de esta afición vale la pena de ser citado:

El 4 de agosto de 1712, el Rey de España don

Felipe V, envió a todas las autoridades de América, una real cédula en la que decía que, habiendo establecido cerca del palacio real un edificio que serviría «para juntar las cosas singulares, raras y extraordinarias que se encuentran en las Indias y partes remotas, con el deseo de adelantar por todos los medios posibles las Artes y las Ciencias», ordenaba recoger y enviar a España las piedras, minerales, animales o parte de ellos, plantas, etc., y también formar vocabularios de los idiomas indígenas, pidiendo que todo fuera bien acomodado y con su explicación en un papel, y que sería «muy de mi gratitud y Real aprecio todo lo que a esto contribuyeren y ejecutaren».

El Gobernador don Juan Andrés Ustáriz, hizo sacar copias de esta Real Orden, las que fueron repartidas en todo el país. De entre los que se dedicaron con interés al cumplimiento de estas disposiciones, destinadas a formar un Gabinete de Historia Natural y Etnografía Americana, fué don Agustín Molina, cuyas colecciones muy bien ordenadas y conservadas, fueron objeto de curiosidad primero y de estudio y afición después para el niño.

La prematura muerte de los padres de Molina lo dejaron huérfano a muy corta edad. Sus parientes lo enviaron entonces a Concepción, en donde permaneció diez años, continuando en el Colegio Jesuíta los estudios que con esta Congregación había iniciado en Talca. En 1775 decidió profesar en la Orden y fué entonces enviado al Noviciado en Santiago y dos años

después al otro noviciado que los jesuitas tenían en la hermosa hacienda de Bucalemon, a orillas del mar entre los ríos Rapel y Maipo, sitio donde el joven Molina tuvo amplio campo para sus estudios de Historia Natural. Cuando después de dos años sus superiores lo llamaron al Convento Máximo en Santiago, para que hiciera sus estudios de filosofía y después teología, término de los estudios religiosos, iba con sus compañeros a pasar las vacaciones a la hacienda de Carén, enorme extensión de terreno montuoso que ocupaba gran parte de la región norte del actual departamento de Santiago. Con permiso de sus superiores, recorría aquellos montes y agregaba nuevos conocimientos a su espíritu y nuevos ejemplares al Museo del Convento.

El fino olfato jesuita hizo conocer a los superiores del joven Molina el alto valor intelectual de aquel novicio, y por eso lo nombraron bibliotecario y cate-drático de latín. En esa época poseía ya cinco idiomas: español, francés, latín y griego, que había estudiado en las aulas, e italiano que había aprendido por su cuenta, leyendo las obras de Metastasio auxiliado por el sastre del colegio, que era un italiano de apellido Fasbri.

Había llegado nuestro sabio patriota a los 28 años de edad, todavía en la categoría de «hermano», es decir, sin recibir las órdenes del sacerdocio, y tal vez feliz en su condición, que le permitía darse el su-
premo gusto de su vida: el estudio y en especial el de

las Ciencias Naturales. Contaba para ello con los 15,000 volúmenes de la biblioteca a su cargo (bien que, según su biógrafo Santa Agata, Molina declaró al Rector del Colegio que había unos 3,000 que sólo tenían destino para quemarlos por inútiles), y tenía a su disposición en los meses de verano el amplio y suculento libro de la Naturaleza; la vida se deslizaba tranquila y feliz para aquel hombre tan sabio como modesto. Un acontecimiento político debía trastornar su vida, probando duramente a aquella alma bien puesta.

La orden religiosa jesuítica, la Compañía de Jesús, había tomado tanto en España como en el Nuevo Mundo una importancia tal, que puso recelo y miedo en el Gobierno del Reino Español. Formada por hombres escogidos como inteligentes y estudiosos, dedicados a cada rama del saber humano, atraía a sus colegas lo mejor y más granado de la sociedad en cada país donde se estableció la Orden, sin perjuicio de acoger a jóvenes de condición modesta en los que se notaran condiciones especiales; acrecentada con «hermanos coadjutores; obreros y artífices, y dirigida con especial tino en asuntos económicos y en la explotación agrícola, la Compañía era la más rica institución hispanoamericana. Se la admiraba, se la respetaba; pero se la temía. *Cum Jesu itis, non cum Jesuites* decían los demás Anda con Dios no con Jesuítas.

La ola de reclamos, denuncias y protestas llegó a palacio, el Rey Carlos III y su ministro omnipoten-

te, el conde de Aranda decidieron acabar de un solo golpe con la peligrosa potente Orden y decretaron su expulsión de los dominios españoles.

¿Fué buena o mala política? *Habet sua tempora tempus*, cada tiempo tiene sus condiciones, que podrán haber sido iguales o diversas desde la varillita de Tarquino a Isabel la Católica y Cisneros, a Carlos III y Aranda y hasta otro conductor de pueblos de nuestros días. De los actuales podemos juzgar; de los anteriores podemos acudir a la Historia y, hablando con el debido respeto, las fuentes de la Historia nos hacen el efecto de esas islas de la Polinesia, en que una ceja de piedra separa un lago de aguas heladas y poblado de peces, de otro en que hierve el agua a alta temperatura. Todo dependerá de cuál se prefiere usar.

Por nuestra parte, creemos en los datos históricos desde que ellos han aparecido en los periódicos, y más fe nos hace un discípulo de Teofastro Renardot que muchos historiadores con larga bibliografía.

El decreto de expulsión de los jesuítas fué puesto en práctica en marzo de 1768. El Gobernador Guill y Gonzaga, forzando tal vez un poco a la casualidad, se enfermó y designó para reemplazarlo al licenciado don Juan de Balmaceda, devoto admirador de los jesuítas, y quien sabe si por eso, fué más rígido en el cumplimiento de las órdenes recibidas. Debieron salir en un solo día los jesuítas de todos los conventos y ser reunidos para embarcarlos con rumbo al Callao

sin más equipaje que lo indispensable. El «hermano» *Molina* siguió la suerte de los demás y se cuenta que todo su equipaje era un tomo con los discursos de *Cicerón*, que hizo pasar por su breviario. No sería tanto el rigor porque *Santa Agata* dice que «llevaba consigo dos vasos: uno de hueso, trabajado por los araucanos y otro de tierra colorada con bordes dorados, como suelen hacer algunas monjas». No es de creer que en lugar de algunas prendas más importantes hubiera preferido llevar un *chambao* de cuerno y una ollita de las monjas.

Lo que sí es efectivo es que llevaba sus apuntes, la obra de todos sus años de estudio que un soldado le arrebató al tiempo de embarcarse *Molina*, y que vendió en seguida a don *José Ignacio García Huidobro y Morandé*, Marqués de Casa Real, condiscípulo de *Molina*, que había ido secretamente a verlo partir.

Desde el *Callao* los jesuitas, que con estúpido rigor se había querido amontonar en número de 400 en un buque donde apenas cupieron unos 200, fueron llevados a *España* por el *Cabo de Hornos*, según comprobó don *Diego Barros Arana*. En mayo de 1768, *Molina* vió por última vez las costas de *Chile*. De *Cádiz*, en donde regaló a un caballero que los trató con benevolencia, justa compensación del mal trato que los jesuitas recibieron a bordo, uno de los vasos a que nos hemos referido (el otro lo dió al Superintendente del *Museo de Bolonia*), fueron destinados los desterrados a *Génova* de donde se les llevó a *Imo-*

la; bien necesitaban ir en convoy con Molina, porque era el único que hablaba italiano.

Cuatro años capaces de derrumbar el más templado espíritu lo esperaban en Imola: sin noticias de los suyos; en la más extrema escasez, ya que sólo después de mucho tiempo principió a recibir la mezquina ayuda de 100 pesos anuales; sin tener siquiera el consuelo de seguir sus trabajos, que el robo de sus apuntes interrumpió, el novicio Molina no se arredró: se refugió en el estudio de la filosofía y la Teología, hasta poderse ordenar de presbítero en 1772. Como no había profesado dentro del «Convento, no fué llamado «padre» como los demás, y de abí proviene el título de Abate con que lo conocemos. El, por su parte, llama abates a los padres Olivares y Vidaurre.

Pasó en seguida a Bolonia, donde vivió 55 años, con la única excepción de dos cortos viajes a Roma. Bolonia fué la segunda patria para el abate Molina, que jamás, hasta sus últimos instantes, dejó de recordar con amor a la primera, su amado Chile. Allí, como en Imola, debe haber tenido el consuelo de la amistad con el padre Miguel de Olivares, que había sido su maestro, y que falleció en Imola en 1786 (no 1766, error tipográfico en J. T. Medina) de 113 años 4 meses menos 12 días, y de los padres Ovalle y Felipe Gómez de Vidaurre, los tres autores de Historia de Chile, bien que la del padre Ovalle, modelo de buen lenguaje hasta el punto de ser citado entre las

autoridades del idioma español, es también modelo de candor para admitir muchas consejas.

En Bolonia debía el abate recibir una de las más grandes satisfacciones de su vida. Aquel don José Ignacio García Huidobro y Morandé, Marqués de Casa Real que había comprado los apuntes de Molina, había emprendido en 1774 o 76 un viaje de estudio por Europa, donde recorrió España, Italia, Holanda, Francia e Inglaterra, conociendo y estudiando, ya que, destinado por su posición y antecedentes a ocupar destacada situación en su patria, necesitaba instruirse, pensando, como pensamos nosotros, que el que aspira a tomar parte en la dirección y gobierno de un país debe poseer una sólida instrucción y buenos conocimientos en el ramo en que aspira a intervenir, y el que detenta un puesto en la Administración sin más mérito que relaciones en familia o influencias políticas, no es un servidor público sino una calamidad pública. García Huidobro fué a visitar a su condiscípulo y le hizo entrega de aquellos apuntes salvados por él. El momento de júbilo y de felicidad de Molina lo comprende todo el que aprecia un libro. Como una prueba de su gratitud, dedicó a García Huidobro el nombre científico del huillín (Molina escribe *Guillino*), que denominó *Castor Huidobrius*, «para conservar del modo posible la amable memoria de mi ilustre compatriota y condiscípulo», y le dedica un sentido párrafo al meritorio joven, que iba a morir

antes de llevar a su patria su espíritu cultivado y su noble corazón.

Y aquí otra vez la mala fortuna del abate, para dar lugar a que se susciten controversias en que él no tuvo parte, y menos en este caso, porque 130 años después de publicada la edición española de su «ensayo», un prolijo escritor, al que debe mucho la Historia patria, narrando estos hechos dice que conforme con los datos que le ha dado un distinguido profesor de Botánica, el tal Castor Huidobrus, que Gay rectificó con razón en *Lutra Huidobria*, es el mismo *Myocastor Coypus* y que Molina cometió el error, de describir dos especies de *Coipos* del que no hay más que una. Que hay un error, no hay duda, y que es del historiador y también tal vez del profesor naturalista, tampoco hay duda.

Una curiosa coincidencia: cerca de medio siglo después del noble acto de don José Ignacio García Huidobro, un sobrino suyo, don Vicente García Huidobro Aldunate, era designado por el ministro Portales como asesor de don Claudio Gay en la preparación de elementos para su monumental *Historia Natural y Civil de Chile*. Gay como lo había hecho Molina, pagó tributo de agradecimiento a Huidobro, creando el género *Huidobria* en una familia de plantas, y dando el mismo apellido a tres especies más.

La situación del abate había mejorado: a los 100 pesos anuales que le daba el Gobierno español podía agregar el estipendio, seguramente corto, de las leccio-

nes que daba en el tiempo que no invertía en sus trabajos o en sus lecciones gratuitas a los niños pobres. Por lo demás su frugalidad y su bondad para conformarse con una vida estrecha, apenas realzada con una taza de café, lo hacían sentirse bien donde otro había sentido la miseria.

De esta época son los retratos que se conservan del abate Molina. Los que lo conocieron lo describen un hombre chico, moreno; de ojos grandes y expresivos y con una nariz y una boca fenomenal, «fabulosa», dice uno de los biógrafos. Los retratos y medallones que lo representan han suavizado considerablemente las facciones del abate; pero tenemos a la vista el retrato que figura en la portada de la traducción de la 2.ª parte, impresa en Madrid en 1995, y la verdad es que el buen abate era francamente feo, y que su apéndice nasal era formidable.

En 1766 apareció en Bolonia una obra anónima titulada «Compendio della Istoria Geografica, naturale e civile del Cile», que produjo gran revuelo entre los hombres de ciencia, y que fué atribuída a Molina o al padre Olivares, lo que ha dado hasta ahora lugar a controversias, sobre todo cuando, en vez del padre Olivares, se consideró autor al padre Gómez de Vidaurre, de quien hace Molina como veremos, especial recomendación.

No entraremos en la discusión, como no quiso hacerlo el abate Molina, y seguiremos nuestra relación diciendo que seis años después, en 1782, la misma

imprensa que publicó el compendio anónimo dió a luz la primera parte de la obra del abate, escrita en idioma italiano con el título de «Saggio della Istoria naturale di Chile». (Colonia, 1782). Su biógrafo Santa Agata, dice que Molina escribió en italiano para evitar el contacto con los españoles, ya que nunca perdonó al Gobierno de España su actitud con los jesuítas, y que en sus paseos en Bolonia evitaba pasar por delante del Colegio Español de Bolonia, y si se veía forzado a hacerlo, volvía la cara, porque las crueldades de las guerras en Sud América lo habían exasperado. Puede que todo esto sólo sea efectivo en parte; porque se hace difícil creer en odios por parte de un hombre que fué la sencillez y la bondad por esencia, y porque el hecho lo refiere un escritor chileno que se distinguió por su odio a los españoles, que debe haber anotado con gusto el dato un tanto recargado de color que el biógrafo italiano dió.

La atención que había despertado en el mundo científico el Compendio anónimo, pronto traducido a otros idiomas y, como hemos dicho, atribuído primero a Olivares, después a Molina, y en seguida a Vidaurre (el traductor alemán Jagemann lo publicó como obra de este último), se acrecentó enormemente con la aparición del Saggio, del que hubo pronto varias traducciones simultáneas: la de don Domingo Joseph Arquellada y Mendoza, publicada en Madrid en 1788, la del médico francés M. Cruvel, en 1789, y Vicuña Mackenna anota que a fines del siglo ya estaba

traducida en los principales cultos de Europa, se vendía en Berlín, y en Estados Unidos se encontraba la traducción inglesa hasta en pequeñas ciudades, como Middletown en Connecticut.

Cuatro años después publicó la segunda parte, que comprende solamente la Historia Civil de Chile y que, como la primera, fué rápidamente traducida y publicada en otros puntos de Europa: la edición española, dada a luz en 1795, es la traducción hecha por don Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde del Maule, de familia talquina.

La edad de Molina, entonces cuarenta y dos años, pareció impedimento para considerarlo autor de aquella obra tan bellamente escrita: se la atribuyó a Olivares u otros de los conocidos autores de la época, de lo que no había necesidad, porque en el admirable prefacio de su Ensayo, que no tenemos cuenta de las veces que lo hemos releído, el mismo abate dice que su intención ha sido explicar con mayor detención lo que ya se había dicho sobre Chile.

«Es cierto, dice, que los viajeros instruídos que han aportado en diferentes tiempos a sus playas, no han dejado de hablar de aquel Reino; pero sus noticias son demasiado suscintas para que se pueda formar por ella una justa idea de Chile. El padre Luis Feuillée, religioso mínimo y francés doctísimo, describió con extraordinaria exactitud los principales vegetales que allí se crían y algunos de los animales que allí se propagan, y esto con descripciones tan exactas y tan confor-

mes con los objetos que abrazan, que no he hallado el más leve descuido en cuanto escribió aquel grande hombre; pero su Historia, impresa a expensas del rey, con grande aparato de finísimas láminas, no ha sido reimpressa de nuevo, y apenas es conocida de algunas personas.

«Tampoco han descuidado los naturales ilustrar su país con sus propios escritos, siendo muchas las relaciones formadas con esta mira, tanto en el siglo pasado como en el presente, pero que por motivos que referiremos en su lugar, no han tenido la suerte de ser publicadas. Vivo persuadido de que tendrían una favorable acogida, siempre que saliesen a luz, las tres historias compuestas últimamente por don Pedro de Figueroa, y por los abates don Miguel de Olivares y don Felipe Vidaurre, de las cuales las dos primeras tratan de los sucesos ocurridos en aquel Reino desde la entrada de los españoles hasta nuestros días, pudiéndose llamar perfecta en este género la historia del abate Olivares según la crítica y exactitud con que ha sabido presentar los hechos más importantes de la guerra casi continua entre los españoles y los araucanos. El abate Vidaurre se dedicó principalmente a manifestar las producciones chilenas, y los usos de aquellos naturales; dos cosas que ha desempeñado con suma inteligencia y acierto.

«Las historias, o más bien las relaciones que se han publicado además de los cuatro Poemas que corren impresos sobre la guerra araucana son las de Ovalle,

la de fray Gregorio de León, la de Santiago Tesille, la de don Melchor de Aguila, y un compendio anónimo que se publicó en lengua italiana en el año 1776, y que en cierto modo nos da una noticia más completa de Chile que la que nos han dado las demás obras impresas, singularmente en cuanto a la geografía y la historia natural».

Explica así el abate el objeto de su obra, interrumpida algunos años y que habiendo llegado a sus manos «por una feliz casualidad, varios materiales», que han sido seguramente los apuntes que le llevó García Huidobro, se dedicó «a formar el presente ensayo de mis interrumpidas tareas».

La absoluta sinceridad de Molina, lejos de restar mérito a su obra, más bien lo acrecienta: al explicar que en su obra sigue el método «del célebre caballero Linneo, manifiesta que lo hace, porque es el más seguido, aunque él con más agrado habría usado «los de Walker y Bomare en la mineralogía, al gran Tournefort en la botánica y a Brisson en la zoología, porque me parecen más fáciles y más acomodados a la inteligencia común».

No cesa el abate de hacer presente que ha consultado y cita a cada paso a autores extranjeros, entre ellos y con frecuencia a Frézier, Ulloa y sobre todo, a Feuillée. Aunque anota que en sus observaciones había examinado tres mil plantas herbáceas, en las descripciones que hace en su obra se refiere constantemente a las observaciones de Feuillée y no menciona

mayor número de plantas medicinales, porque ya las ha descrito «el Padre Feuillée, cuya memoria será siempre grata a los chilenos».

Algunos han criticado con criterio simplemente científico el libro de Molina, hasta emitir juicios como el de Humboldt, que decía a un viajero y escritor chileno: «La reputación de Molina pasó ya de su apogeo (esto decía en 1856), porque los hechos que él reveló a la Europa sobre el país de ustedes han sido ratificados por otros. y las teorías que él enunció están hoy mejor comprendidas. Pero para su tiempo fué un hombre muy eminente». Si el dicho es efectivo, no necesitaba el eminente sabio y viajero deprimir una buena reputación ajena para realzar la propia. Molina fué, es y será una figura de primera línea entre los hombres de ciencia, y su Compendio de Historia Natural y Civil de Chile una obra digna de las más altas consideración; porque, reuniendo datos propios a los dados por los viajeros e historiadores que cita con toda honradez, puso los cimientos de la Historia Natural de su país, y ha tenido la suerte de los cimientos: se comprende su solidez porque sostienen los grandes edificios; pero no se les alaba porque no están a la vista.

En 1812 publicó una edición de lujo de su Historia, que dedicó al príncipe Eugenio de Beauharnais, entonces virrey de Italia, hermosa edición en 4.º adornada con un retrato del autor, tan perfecto, que los boloneses decían a don Benjamín Vicuña que

aquel retrato parlava. En recompensa, el príncipe fijó al abate una pensión de \$ 200, que no debe haber durado mucho, porque después el rey de Nápoles la volvió a dar.

La vida tranquila y metódica del abate se deslizaba entre sus lecciones, sus excursiones y la publicación o por lo menos confección de trabajos científicos, como uno sobre los árboles frutales que ofrece en su obra, otro sobre cultivo del olivo, y algunos otros de tema biológico, en los que expuso teorías que cien años después debía sustentar un eminente biólogo hindú, Sir Jagadis Chunder Bose, sobre la correlación entre la vida vegetal y aun mineral, y la animal. Las teorías del abate escandalizaron a uno de sus discípulos, censor entonces de la Universidad de Bolonia, quien fué con el soplo a la Curia Romana, y el abate fué suspendido de su profesorado y del sacerdocio. Fueron precisos numerosos e influyentes empeños cerca del entonces omnipotente Cardenal Gonzalvi para obtener la revocación de la dura sentencia, que dejó contristado al anciano y desvalido sacerdote, que si perdonó no dejó nunca de protestar de tal medida.

Sus relaciones ya fáciles con su familia en Chile permitieron al abate mejorar su condición económica con algunas remesas de dinero que sus parientes le enviaron y con ello algunas semillas y otras cosas de su amado país. Consiguió así semillas de culén, que hizo sembrar en el Jardín Botánico de Bolonia, y muchos de sus amigos llegaron a ser aficionados a la infusión

de nuestra planta nacional, que tanta fama tenía durante la Colonia en el Perú, donde lo llamaban «te» de Chile.

Cuando en 1856 don Benjamín Vicuña Mackenna visitó Italia y Bolonia, de donde trajo numerosos recuerdos del abate, uno de los discípulos de Molina llevó a nuestro compatriota a visitar el Jardín, para que viera los culenes plantados por el abate, y a cuya sombra decía el señor Pelegrino Spinelli que solía cobijarse el abate, tal vez para recordar su patria y su fundo de Guaraculen, que tanto añoraba.

Su última actuación pinta mejor que nada el alma de aquel hombre: ya muy anciano, recibió la noticia de habersele concedido la herencia de sus padres, buena fortuna para aquel tiempo, y bien poco después supo que sus bienes, como los de todos los españoles que residían en la Península, le habían sido decomisados y aplicados a la formación de la escuadra que O'Higgins y Zenteno preparaban. El abate leyó la noticia con lágrimas de alegría, diciendo: «¡Oh, qué determinación tan bella han tomado las autoridades de la República! De ningún otro modo podían haber interpretado mi voluntad mejor que lo que lo han hecho, con tal que haya de ser en beneficio de la patria».

Cuando se pudo comprobar que el Teniente Gobernador de Talca, don Luis de la Cruz, no se había dado el trabajo de cerciorarse si el abate Molina se había movido de Cádiz, donde había desembarcado cuando su destierro en 1778, hacía 39 años, un Se-

nado Consulto, de 7 de mayo de 1821, devolvió los bienes al abate, quien entonces los aplicó a la fundación de un Instituto Literario en Talca, que el Obispo Cienfuegos obtuvo fuera autorizado en 1827.

Este acto de desprendimiento lo hacía un anciano que vivía escasamente, vestido de tela de algodón ordinaria, con una raída sotana y una peluca, rojiza ya, de cáñamo; un hombre que soñaba siempre con regresar a su país, y que al morir dejó por toda fortuna \$ 20, algunos libros, entre ellos aquel «Cicerón» que llevó de Chile y la obra del padre Feuillée, que parece era su texto favorito. Este sólo rasgo hace acreedor de la consideración pública a don Juan Ignacio Molina.

La vida del venerable anciano se alargó hasta los 89 años, en que entregó a su Creador aquel espíritu sano, modesto e infatigable en el estudio y la enseñanza, el 12 de septiembre de 1829.

Un periodista decía un día a Clemenceau que esperara confiado el juicio de la posteridad. «Me tiene sin cuidado, respondió el Tigre, porque los pueblos no tienen memoria».

El duro, pero justo juicio del terco político, si bien resulta cierto en la gran mayoría de los casos, y más suelen recordarse a los hombres que destruyeron vidas y pueblos que a los que contribuyeron al bienestar de los demás, no ha tenido, felizmente, aplicación con la memoria del abate Molina. Ya en vida, la ciudad de Bolonia lo consideraba como su hijo ilustre; la Uni-

versidad lo hizo catedrático honorario; el Consejo de la ciudad le erigió una estatua, y su retrato y busto se encontraba en todas partes.

Aquella antipatía que según Santa Agata y Vicuña Mackenna sentía por España tendría también algo de que confesarse, porque ya en 1788, el Ministro español Antonio Portier le escribía agradeciéndole el envío de los dos tomos del *Saggio* y terminaba diciéndole: «La traducción castellana ha sido bien recibida e incluyo a usted el ejemplar que me pide». Esta carta, que prueba que el abate no era el hombre rencoroso, muestra también que España sabía ya y lo demostraba, apreciar los méritos del desterrado. Más aún, es evidente que el Gobierno español le proporcionó datos para su segunda edición, como lo comprueba una carta del Presidente don Ambrosio O'Higgins al Conde de Campo de Alange, en diciembre de 1791, en la que, excusándose de enviar datos para la historia que preparaba don Vicente Carvallo y Goyeneche, dice: «por haber tratado ya esta materia los abates Molina y Olivares, a quienes ha remitido papeles concernientes al intento, por mano del marqués de Bajamar, por orden del rey».

Y si bien esto pasaba en vida del abate, ya después de su fallecimiento su patria supo agradecer al sabio la obra de darla a conocer al mundo civilizado, aunque la acción gubernativa fué pacata y de mano forzada, como pasó después con los Amunátegui y pasa hoy con Barros Arana. Fué necesario una especie

de pregón hecho por don Benjamín Vicuña Mackenna en 1856, para que una comisión se encargara de reunir las erogaciones, hechas en onzas de \$ 17.25, y encargara la confección de la estatua, que debía ser hecha en Chile, según el busto auténtico traído de Bolognia, y en mármol de los Andes.

En 1860 estaba ya hecho el zócalo y la verja. La estatua, que al fin fué fundida en bronce, hizo guardia frente a la Universidad, con la leyenda sencilla y decidida: «Al abate Molina, sus compatriotas».

En 1905, las turbas que destrozaron los monumentos de la Alameda, rompieron la pluma que el abate tenía en su mano.

Posteriormente, un Ministro que quiso hacer un obsequio a su ciudad natal empleó, tal vez por analogía de nombre, el sistema de desnudar un santo para vestir otro, e hizo llevar a Talca la estatua, a la que el Rector del Liceo de aquella ciudad, primer secretario que tuvo nuestra Universidad, ha dado ubicación decorosa.

Hemos intitulado este corto estudio del abate Molina *Su vida y su obra*; pero no hemos querido con ello juzgar ni comentar el libro que él escribió: su obra para nosotros es la que escribió en la mente y en el corazón de sus discípulos de entonces y de ahora; en el recuerdo de todos sus conciudadanos, de todos los que hemos aprendido con el abate Molina que el hombre que se echa encima la tarea de enseñar, de forjar mentes, se convierte él mismo en un libro que

cualquiera puede leer, en un cuadro mural que cualquiera puede contemplar, y por eso, ese libro y ese cuadro tienen la obligación de abrir los ojos de la juventud hacia la contemplación de la verdad, de la justicia, de la bondad y de la belleza, faros que dirigen el entendimiento humano por la senda del perfeccionamiento.

La obra de Molina trae también otra enseñanza: ese anciano nos dice que él asumió la misión de guiar a los jóvenes por el camino que marca el libre desarrollo del espíritu, ese no tiene derecho a decir: He cumplido mi misión, porque su obligación no cesa jamás, y la enseñanza que dió, el ejemplo que mostró deben seguir más allá de la tumba, jalonando con su recuerdo el camino de la perfección.